

combatientes y jefes de ambos frentes danzaron para celebrar, al grito de “Él es Dios” y a la vista de la cruz luminosa, el cese de unas luchas inútiles por fraticidas, como pasó en Puerto de Bárbaros y el Cerro de Sangremal. Así, simbólicamente, se subraya la necesidad de oír cómo todo resuena preservado y viene trasladado una y mil veces a tiempos y escenarios de la historia real donde aconteció y sigue aconteciendo la calamidad de la conquista y el coloniaje sobre los antiguos señoríos otomíes-chichimecos, entre otros Tlatelolco, Tlaxcala, Tula, Xilotepec, Huichapan y La Cañada.

Por tanto, el núcleo y campo semántico en esta ceremonia solemne del súchil connota todo un conjuro para una contienda que se convino debía cesar “Cuando nuestra América fue conquistada / [y] de todos sus habitantes ninguno vido nada”. De modo que si todo y nada pasó, fue porque se abría un recomenzar hacia una expectativa con mejor fin, aunque con supeditación a la fortaleza de ánimo y la valentía de los perpetuamente renovados generales, capitanes y alférez de la hueste. En suma, la estrategia cabal para que viva y persista la hermandad y todas las cofradías filiales en pie y alerta contra las causas, los hechos erróneos y los perniciosos efectos de aquella calamitosa historia que, en el horizonte de la secular o milenaria Esperanza, habrá de ser “reasumida”, “rectificada”, “corregida”.

Formado el súchil, sin duda el símbolo de mayor carga semiológica, los asistentes dan una limosna y reciben una limpia, generalmente con una vela de cera y flores. Nuevamente se reparte pan, té y cigarros. Los músicos ejecutan alabanzas al amanecer y mañanitas a las imágenes veneradas, desde luego la Santa Cruz.